

Vicente Mengod

Gabriela Mistral en mi recuerdo



ON frecuencia, la imagen real de los creadores de belleza se nos escapa en sus auténticos perfiles. Al socaire de sus lucubraciones, los revestimos de valores ancilares, de nimbos resplandecientes que sólo contribuyen a descentrar las figuras. Sin embargo, el tiempo nos va dando la medida exacta, porque la realidad nos dice que los seres humanos son más verídicos cuando posan sus plantas en tierra firme. Y ello es así, con todas sus inevitables imperfecciones.

En los desvanes del recuerdo, yo conservo la imagen de Gabriela Mistral, ciertos sedimentos espirituales que fueron tomando cuerpo en mi sensibilidad de niño, hace más de treinta años, en una escuela rural del levante español.

Nuestro profesor, un hombre de clara inteligencia y de sólidas manos justicieras, guardaba en su alma sutiles vertientes de ternura.

¶Era un lector disciplinado. Y con sus hallazgos iba formando una especie de antología volante de trozos selectos, que nos leía en algunas de las inquietas horas vesperales.

Cierto día, estuvo buscando entre sus papeles una hoja que parecía extraviada. Los alumnos esperábamos con impaciencia, tratando de adivinar lo que una casualidad electiva podía depararnos.

El maestro se caló los lentes. Y ahuecando la voz recitó una canción infantil: “¿En dónde tejemos la ronda?”

Por nuestra imaginación desfilaron las playas del mundo, los

montes con sus prodigios petrificados, el rumor de los bosques con sus flores prendidas entre ramas verdes, undosas. Y en todas partes, niños, sus manos entrelazadas, tejiendo una ronda de gracia y amor.

Como una breve melopea, oímos el nombre de Gabriela Mistral, una poetisa, tal vez española, de Castilla. Nadie pensó que fuera necesario aclarar estas dudas. Por eso, durante muchos años, yo creí que ésta mujer había brotado en tierras de Castilla, en donde debió conocer y sentir las tierras llanas, los mínimos alcores, la voz fuerte de los vientos, la cantinela sollozante de algún horizonte lejano, evanescente.

Más tarde, en algunas antologías, volví a encontrarme con su nombre, con un adjetivo gentilicio al lado que me hizo volver los ojos hacia los manuales de mi geografía escolar. La inflexible cultura me robó a Gabriela Mistral de aquellas tierras castellanas en donde yo le había dado un lugar de nacimiento y de tortura, entre las callejas ideales de una Segovia medieval, ceñida por las rubias piedras sillares de sus murallas. Pero no obstante, la poetisa de la voz enjuta y dolorida seguía siendo para mí la sensibilidad profética que modelara aquella ronda tejida en las playas, en los montes y en los campos.

El tiempo con su fluir incesante, las muchas leguas recorridas, la nostalgia prendida en los ojos, ya cansados de empujar horizontes, el torbellino vivencial de las experiencias le dan al hombre originales normas de valoración. La impresión marginal cristaliza en experiencia. La belleza, que fuera captada como un sutil revolar, se impregna de un sentido que reclama finalidades concretas, de cierto valor formativo, didascálico, ya que en todo individuo vibra, al menos en potencia, un moralista, un pedagogo, que ansía reducir a unidad las acotaciones dispersas.

Gabriela Mistral se levantaba desde los predios informes de un recuerdo infantil. Su voz de ronda se fué colmando de mensajes filosóficos, de un bullir doloroso, de un eterno preguntar sobre las cosas presentes e inasibles. Y entonces, quise intuir la palabra de una

maestra "que vestía sayas pardas", que no enojaba su mano, aunque todo su espíritu era un enorme joyel.

Después fueron los *Sonetos de la Muerte*, la evocación de aquella "Amada Inmóvil", de Amado Nervo, el sentido de un vivir muriendo, con un ritmo vital parecido a un río de mieles, caudaloso, en donde largamente "abrean los tigres del dolor".

En mi recuerdo, Gabriela Mistral seguía cincelandos canciones de cuna y rondas infantiles. Cuando leía sus cantos, sus versos sobre la tierra chilena, el espíritu los llevaba a los vergeles levantinos: "Danzamos en tierra chilena más dulce que rosas y miel..."

Pero la eximia poetisa había fundamentado su prestigio, acuñando estrofas de imprecación y ruego, de un eterno y humilde preguntar al Señor, de una pasión llevada más allá de los umbrales del morir: "Del nicho helado donde los hombres te pusieron te bajaré a la tierra humilde y soleada..."

He ahí pues, que era necesario superar las etapas de aquella primitiva emoción infantil, sentida en los pupitres de una escuela rural. Sin embargo, las estrofas más trascendentales no debían perder para mí los matices de una ronda, si bien con personajes cuajados de serenidad en los mares de su propia angustia.

Muchas veces, por exigencias de tipo docente, he analizado las estrofas de Gabriela Mistral, aplicando los rigores de unas normas métricas, de unos ritmos, de un hacer poético. Diríase que la emoción se triza por obra y desgracia de tales menesteres. Qué valen los rigores mantenidos de unos ritmos trocaico y dactílico frente al nocturno con versos que insinúan: "Llevo abierto también mi costado y no quieres mirar hacia mí..." Para qué intentar la determinación de filiaciones estéticas, cuando la mujer que ha invocado al Señor en beneficio de los seres diversos levanta sus preces por alguien "que era suyo".

Quizás la más trágica de sus interrogaciones sea la que dice "¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?"

Los hombres que gustan discurrir en torno a la muerte han

hallado, en este verso, materia para sus disquisiciones. Unos a la manera de Sócrates, han dicho que el morir es como quedarse dormido, o como un paso a otra vida, en la cual ha de haber objetivos. Otros, al estilo de Platón, demuestran la incompatibilidad del alma con la muerte. Y no han faltado quienes, a la usanza epicúrea, han gritado que no les va nada con el morir. Reflexiones, en suma, que pretenden suprimir el verdadero sentido biológico de la terminación de la vida, sin preocuparse de la postura que eligen los suicidas cuando renacen en los senos de su muerte voluntaria.

¿Acaso será posible una danza de la muerte? ¿Los "dormidos" y los "ausentes" trenzarán sus rondas en las playas de lejanos paraísos?

He aquí unas preguntas que sólo pueden contestar los poetas, las almas para quienes la muerte se convierte en problema de belleza y de perfección, en revolar filosófico.

Partiendo de una ronda infantil, los sucesivos conocimientos de la obra de Gabriela Mistral han ido formando en mi sensibilidad complejas cristalizaciones. Pero siempre, en su base, están aquellas palabras de sencillez y ternura, diciéndome que en la vida no basta tener recuerdos, sino más bien diluirlos en nuestra propia vida, dejando que de ellos broten las primeras palabras de un verso, de un pensamiento dicho en los moldes de la prosa diaria.

Cada vez que las estrofas de Gabriela Mistral avivan las resonancias de un cosmos literario y estético, me complace volver a refugiarme entre las ya derruídas paredes de una escuela lejana, en donde un maestro nos hacía sentir las bellezas eternas de la poesía.

Se ha dicho que reproducir el mundo anclado en nuestra memoria equivale a soñar nuestros sueños, a levantar fenecidos fantasmas. Algunos hombres, conducidos por este impulso, valoran su vida de acuerdo con unas sensaciones de falsas perspectivas. Sin embargo, cuando el equilibrio no se pierde, las primitivas imágenes nos revelan la razón de nuestra personalidad. Tal puede ser el caso de Gabriela Mistral y de una de sus Rondas en mi recuerdo.